

## EL BUEN SAMARITANO

### 8° DOMINGO DE LUCAS

*“Ve y haz tú lo mismo” (Lucas 10:37).*

*Por Mons. Sergio Abad*

Los judíos contemporáneos de nuestro Señor Jesucristo consideraban que sólo ellos eran dignos del Reino Celestial, por lo que despreciaban a los demás y principalmente a los samaritanos, a quienes llamaban pecadores, sin que hubiera relación alguna entre ambos.

Por esa razón, nuestro Señor Jesucristo aclaró en el Evangelio que hemos escuchado, que la relación con nuestro prójimo no debe depender de su fe ni situación, pues todo hombre puede necesitarlos. La ley judía, en su prueba al Señor Jesucristo, le pregunta: ¿quién es mi prójimo?, y el Señor contestó: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y parecía judío.

En el camino le atacaron los ladrones, le robaron su vestimenta e hiriéndole, le dejaron medio muerto. Casualmente pasaba por aquel camino un sacerdote que le vio, escuchó sus gemidos y siguió su camino, sin ayudarlo. Después pasó un levita, el que no le ofreció ayuda alguna. Por último pasó un samaritano y se compadeció de él, vendó sus heridas echando en ellas aceite y vino; vino para la purificación y el aceite para suavizar. Después lo trasladó a una posada e hizo que cuidaran de él, dando al posadero dos denarios prometiéndole pagar lo que faltara cuando volviera. Y preguntó Jesús al doctor de la ley: ¿quién de estos tres te parece que fue el prójimo de el que cayó en manos de los asaltantes? Y el otro contestó inmediatamente: el que practicó la misericordia con él. Le dijo Jesús enfáticamente: “Ve y haz tú lo mismo”. El significado de esta parábola es claro para todos. Pareciera que las palabras del

Santo Evangelio se dirigieran a cada uno de nosotros, diciendo: “Cristo, haz tú lo mismo”. Los santos padres explican esta parábola así: “El hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó es Adán, nuestro primer abuelo, es decir, toda la humanidad. Los asaltantes son los demonios que envidian al hombre en su felicidad y lo seducen por el camino del pecado. Las heridas son las marcas del pecado. El sacerdote y el levita representan el sacerdocio de Aarón y la ley de Moisés, los que no pudieron salvar a la humanidad.

Mas el compasivo samaritano es Cristo mismo quien nos entregó, para nuestra curación, el aceite y el vino simbolizando la nueva ley y la gracia divina. Y el posadero representa a los obispos y doctores de la Iglesia quienes continúan la obra del señor. Por tanto la posada es la Iglesia divina cristiana, donde se encuentran todos los medios para nuestra curación. La aparición del samaritano indica la aparición de Cristo después de la resurrección.

Los dos denarios simbolizan la revelación divina y la santa tradición que se guardan en la Sagrada Escritura, por los apóstoles y los doctores del mundo. Por fin, la promesa del samaritano de volver a la posada, indica la venida de Cristo por segunda vez a la tierra para “pagar a cada uno según su conducta” (Mt. 16:27). Así, los pecadores y pecadoras que han caído en manos de los asaltantes en medio de la calle, somos nosotros mismos, porque estamos enfermos y todos requerimos auxilio y asistencia; y, por nuestra buena suerte, tenemos esperanza y salvación. Muchos se esfuerzan y con el apoyo de Dios se dirigen a la clínica espiritual, es decir la Iglesia, donde se curan y consiguen vestimenta real que da el mérito de estar sentado a la mesa del Señor. Entonces... “Ve y haz tú lo mismo”.